biada bajo el peso de la naturaleza, aspira algo que está más allá de ella; diciendo, como el Cristianismo y con el Cristianismo, en presencia del cielo y de la tierra: *Creo en lo sobrenatural*». (1)

LECCIÓN IV

El racionalismo y el misterio

El racionalismo que pretende saberlo todo sin otro criterio que las solas luces de la razón humana, se escandaliza cuando á sus oídos llega la palabra misterio. Los misterios de la Religión cristiana le asustan y le ponen como fuera de sí. En confirmación de tal aserto, véase lo que en uno de sus hermosos libros dice el sabio abate Arduin: «Esta palabra (misterio) ha venido á ser una especie de espantajo para nuestros adversarios. Sus libros están llenos de desprecios, de sarcasmos, de furores contra las verdades misteriosas. Si se les oye, parecerá que la ciencia positivista ha borrado toda incertidumbre, arrancado todos los velos y hecho lucir el resplandor de la evidencia, en todo cuanto han tocado sus manos». (2) El misterio, pues, es una palabra que, según el anticristianismo, debe desaparecer, y la religión que tal palabra acepta, que en tales cosas cree, debe mirarse como cosa añeja, indigna de los tiempos en que ahora vivimos.

(1) R. P. Félix, *Conferencias en Nuestra Señora de París.*
(2) Abbé Arduin, *La religion en face de la science.*

Ante estos juicios, debemos hacer ver que ni el misterio es cosa opuesta á la razón, ni justo desatarse en denuestos contra la Religión que admite el misterio. Y para proceder con claridad en asunto tan grave, conviene asentar debidamente la exacta noción del misterio.

El misterio no es cosa que envuelva contradicción, que se oponga á los principios de la razón y de la ciencia; no es el arrebato de una imaginación loca y calenturienta; no es el fanatismo ni la credulidad; por misterio debemos entender, y la palabra misma así lo indica, algo secreto, velado, escondido; y en tal concepto se dice, como escribe el ya citado abate Arduin: «los misterios del corazón humano, los misterios de la naturaleza, para indicar los ocultos resortes que mueven la voluntad del hombre ó las causas ignoradas que producen los fenómenos naturales». (1) Bien miradas las cosas, podemos decir que misterio es todo aquello de lo cual ignoramos su naturaleza ó esencia íntima, aunque conozcamos su existencia y aun sus notas características, mediante el estudio de sus manifestaciones. Así, por ejemplo, el alma humana es un misterio, porque si bien se nos hace presente por los hechos de conciencia, y sabemos, en virtud de sus actos y operaciones, que es inteligente y libre, ignoramos, sin embargo, cuál sea su esencia íntima, y al llegar ahí, un muro de bronce nos detiene, y la investigación se para, y el

(1) Abbé Arduin, obra citada.

misterio se adelanta, para decirnos: de ahí no se pasa; lo que vive oculto é impenetrable es cosa misteriosa; el misterio es una realidad, pero el hombre no puede comprenderla.

Y esto, que en nada se opone á los principios de la sana razón, es un hecho universal, como vamos á ver.

En las ciencias filosóficas estúdianse desde un punto de vista altísimo y general Dios, el mundo y el hombre, ya en sí mismos, ya en sus naturales relaciones. ¿Qué sabemos acerca de Dios? Bien poco. ¿Qué acerca del mundo? Poco más ó menos lo mismo. ¿Qué, finalmente, acerca del hombre? Todos los días sufrimos graves yerros en este punto. Y cuando intentamos profundizar en el estudio del Ser infinito, y en los laberintos de la cosmología, y en las obscuridades de nuestro ser, llega un momento en que la inteligencia se cansa, la razón vacila, la luz del entendimiento y del discurso falta, y nos encontramos como en país extraño, vagando casi á la ventura, y por último, no desesperados, pero sí convencidos de nuestra limitación é impotencia, al llegar á ciertos límites infranqueables, confesamos que no se puede ir más allá, y que esas codiciadas realidades son verdadero misterio y terreno vedado á nuestra pequeñez y pobreza.

Un grano de arena nos detiene; ¿qué es un grano de arena? ¡Nadie lo sabe á fondo! Esto no es mera frase; oígamos á Tyndall, autoridad nada sospechosa en el asunto: «Los fenómenos de la materia y de la fuerza son de nuestro dominio,

pero nuestro dominio es limitado y rodeado está de misterios». (1)

¿Qué es una planta? Diariamente las vemos, las estudiamos, venimos observándolas, cuidamos de mejorarlas mediante las ventajas del cultivo, las clasificamos y ordenamos; todas tienen su nombre y su lugar en la botánica, es verdad; pero, ¿y su naturaleza íntima? ¿Y las leyes secretas de su vida y crecimiento y de su propagación? De eso, nada sabemos. ¿Qué es un animal? La ciencia responde: un ser dotado de vida y movimiento espontáneo. Cierto; mas aun cuando sabemos tantos pormenores en lo tocante á su constitución, á sus agrupaciones, á ciertas leyes que defienden la estabilidad de la especie y que presiden á su conservación y desarrollo, ¿quién vió y supo jamás la razón oculta de esas leyes y tocó la esencia de esa vida? ¿Qué es un espíritu? La filosofía dice: una substancia inmaterial, inteligente y libre. Pero la íntima naturaleza de tal substancia, ¿qué es? Nadie lo sabe. ¿Qué se deduce de aquí? No es cosa difícil decirlo: el misterio es nuestro patrimonio; por doquiera nos rodea, y es como la voz de Dios que nos enseña á conocer nuestra pequeñez y miseria y á pensar en las grandezas de quien todo lo sabe. En el conocido y hermoso libro, *Harmonía entre la ciencia y la fe,* del docto escritor D. Miguel Mir, se leen las siguientes atinadas observaciones:

---

(1) Tyndall, *La matière et la force. Conferences.*

«Lo más grande y lo más pequeño, Dios y el átomo, según observó Aristóteles, se esconden por mil maneras á la vista del espíritu más penetrante; y entre estos dos términos hay una infinidad de objetos que el hombre no llegará jamás á conocer. Aún en aquello mismo que alcanza hay siempre algo que su mirada no penetra ni su razón descubre, algo que se oculta á las indagaciones más profundas. Por esto no hay ramo alguno del saber humano que no tenga sus secretos impenetrables. La geometría, ciencia eminentemente demostrativa, al poner las bases de sus investigaciones, que son el punto y la cantidad continua, empieza por asentar *postulados,* esto es, proposiciones cuya verdad es indemostrable, no por razón de su inmediata evidencia, sino porque necesariamente la suponemos en la misma demostración; igual obscuridad reina en las demás partes de las matemáticas.

«La física se revuelve en un mar de hipótesis y teorías; las palabras *fuerza, éter, calórico, luz, magnetismo, electricidad, atracción,* y otras mil, si dan razón de los fenómenos sensibles, dejan en completa obscuridad la naturaleza íntima de las causas que los producen. La materia, la terrible materia como la apellida Huxley, se obstina en esconder el misterio de su composición. A pesar de sus descubrimientos admirables, la química no ha logrado levantar el velo que oculta la composición y esencia de los cuerpos: la *afinidad,* la *alatropia,* la fuerza *catalítica* y otros

agentes, son tan misteriosos como las *cualidades ocultas* de los antiguos alquimistas.

«Las energías motrices y el principio y comunicación del movimiento quedan inexplicables para la mecánica. La formación y estructura de los cristales, la generación de los seres orgánicos, la esencia de la vida, sus efectos, su reproducción, sus cambios y alteraciones y otros mil problemas que tratan de resolver las ciencias naturales, son cuestiones ante las cuales permanece muda la razón del hombre. Los límites que circunscriben nuestros conocimientos son aún más estrechos en el dominio de las ciencias filosóficas. Aquí surgen de todas partes dudas y tinieblas; casi todo anda en bandos y opiniones; á cada paso se levantan cuestiones insolubles y enigmas y misterios inexplicables..... La ciencia, en lugar de aclarar los misterios del universo, los hace á menudo; y si pretende acercarse á las regiones donde mora la divinidad, una nube obscurísima envuelve el entendimiento y oprime y despavorece el corazón. Así queda manifiesto que en las cuestiones sobre las fuerzas de la naturaleza, no menos que en la metafísica y la moral, hay puntos inaccesibles á la inteligencia humana».

Por medio de las matemáticas cabe demostrar que entre el saber humano y lo que resta por saber (que es la ciencia infinita), media un abismo insondable, hasta el punto de que el saber del hombre se confunde con la nada, y más allá del saber del hombre nos encontramos con ese «silen-

cio infinito», de que habla Tyndall, es decir, damos en el misterio.

Por otra parte, en el orden de los sentimientos humanos, el misterio es una especie de necesidad del alma y del corazón. Chateaubriand escribe: «Sólo son hermosas, dulces y grandes en la vida las cosas misteriosas. Los sentimientos más maravillosos son aquellos que nos agitan un poco confusamente: el pudor, el amor casto y la amistad virtuosa están llenos de misterios. Pudiera decirse que los corazones que se aman se entienden á medias palabras y que sólo están entreabiertos. La inocencia, que es una santa ignorancia, ¿no es el más inefable de los misterios? La niñez no es tan feliz sino porque nada sabe; y la vejez no es tan desgraciada sino porque lo sabe todo; en buen hora para ella, al terminar los misterios de la vida, empiezan los de la muerte». (1)

A las citas aducidas, juntemos lo que dice el sabio apologista científico abate Arduin en la obra citada más arriba: «podemos apoyarnos, á falta de un conocimiento explícito de los motivos de nuestra fe, en el inmenso número de las inteligencias superiores, de todas las épocas y en todos los ramos del saber, que supieron adorar los misterios de nuestra Religión; el mérito intelectual de tales hombres no es cosa por nadie ignorada. No eran por cierto almas ciegamente crédulas, ni tontos entre sus contemporáneos, Tertuliano,

(1) Chateaubriand, *El genio del Cristianismo.*

Constantino, San Agustín, San Jerónimo,... Santo Tomás de Aquino, Alberto Magno, Bacon, Newton, Pascal, Leibnitz, Bossuet, Ampere, Cauchy, Franklin y tantos otros.

«Y en nuestros días podría citar entre los que admiten los misterios cristianos, los más esclarecidos nombres de la literatura, de la ciencia y de las artes, desde Elías de Beaumont y Dumas, gloria de la geología y de la química modernas, hasta el R. P. Secchi, uno de los príncipes de la astronomía y de la física contemporáneas».

Por todo lo que antecede, se deja ver que el misterio es la gran realidad que por doquiera sale á nuestro encuentro; está en Dios, está en el hombre, está en el mundo, está en todo cuanto se sabe y se ejecuta.

Pero si el misterio está en todas partes y no podemos negarle, el misterio cristiano, ese cuerpo sublime de verdades y realidades ocultas es, en medio de su obscuridad propia, luz del cielo, guía segurísimo y clave admirable para las más intrincadas y graves cuestiones que se ofrecen á nuestro entendimiento. El misterio augusto de la Santísima Trinidad ilumina la difícil y sublime senda de la teología y de la filosofía cristiana. El del pecado original arroja torrentes de luz en el obscuro é ingrato campo de la antropología; los de la Encarnación y de la Redención son luz divina que alumbra los enigmas de la historia; el de la sagrada Eucaristía, además de prestar luz maravillosa á los problemas de la ontología, es

008087

fuente de santidad y nos enseña hasta donde llega el amor de nuestro Dios; el de la vida eterna nos otorga conocimiento seguro de nuestro destino final. Así, los misterios cristianos lo abarcan todo, porque hasta el mismo de la creación nos libra de los peligros del panteísmo y del ateísmo. El entendimiento, el corazón, la voluntad, el hombre entero, y por lo tanto la sociedad, la ciencia, el arte y la moral, tienen en los misterios cristianos base firmísima para sostenerse, luz divina y prodigiosa para iluminar sus caminos, y milagrosa fuerza para alcanzar la virtud en el tiempo y la vida perfecta y bienaventurada más allá de la tumba.

Este asunto profundo y hermoso del misterio cabe personificarlo en dos hombres, conocidos ambos en el campo de la ciencia, aunque por muy diverso modo. Es el uno, Ernesto Haeckel, naturalista prusiano, enemigo del misterio y materialista hasta el último límite; según él, «podemos saberlo todo.» (V. Arduin obra citada); el otro es el sabio Duhamel, insigne matemático, que representa á la ciencia modesta, humilde, prudente, reservada y creyente, que no se desvanece y pierde en los laberintos de la vanidad y de la soberbia, sino que se humilla ante la verdad y la confiesa con leal y encantadora franqueza.

«En cierta ocasión una gran señora asediaba con sus preguntas á un secretario de la Academia de Ciencias, nada menos que al ilustre matemático Duhamel, é impacientada por las respuestas

negativas con que éste contestaba á todas sus preguntas, ¿pues de qué sirve, entonces, le dijo, el ser un sabio, si no podéis satisfacer á ninguna de mis preguntas? El ser sabio, señora, replicó Duhamel, sirve para saber decir *no sé*». (1)

Merecen leerse las notables conferencias dadas por el P. Félix, acerca de *El misterio y la ciencia;* y el reciente hermoso libro del abate Gondal, *Le surnaturel;* véanse también las dos magistrales obras: *La prophetie de Daniel; Philosophie de l'histoire,* por el abate Domenech, y *Le problème du mal,* por el P. Bonniot.

LECCCIÓN V

El racionalismo y el milagro

Una biblioteca entera pudiera formarse con lo que anda escrito acerca de tan capital asunto. La Iglesia admite y sostiene la doctrina referente al milagro, como *sello divino* que es y testimonio poderoso de la intervención especial de Dios; es la garantía de lo sobrenatural; por eso el racionalismo, procediendo con instinto diabólico, puso firme empeño en negar la doctrina del milagro, ora combatiendo su posibilidad ó ya oponiendo el argumento ridículo de *la no comprobación,* ya, finalmente, atrincherado en el postrer baluarte, negando su realidad histórica. Mas todos

(1) Miguel Mir, *Harmonía entre la ciencia y la fe.*